

ENTREVISTA

MARIANO

“Yo fui el clásico paleta que
entró en Madrid, pero Madrid no entró en mí”

MONTENEGRO

TEXTO
FOTOGRAFÍAS

HELENA MONTENEGRO

Mariano Montenegro es, según sus propias palabras, un hombre castellano, más de campo que las amapolas. Nació y vivió durante su infancia en Sahagún de Campos (León) hasta que tuvo que tomar la decisión de morir de hambre o emigrar a Madrid. Las canas propias de una persona entrada en sus 84 años no dejan rastro del cabello moreno que lució durante su juventud, aunque sus ojos siguen brillando como los de un niño cuando habla de sus primeros años en su pueblo. Mariano entró en Madrid a los 21, pero Madrid nunca llegó a entrar en él.

sotos y las arboledas.

P: ¿Cómo era Sahagún?

R: Era el típico pueblo de Castilla de la España profunda, agrícola, con pocos recursos, pero cargado de historia hasta arriba. En Sahagún está enterrado Alfonso VI de Castilla, que reconquistó Toledo y, según la historia, por culpa de él existe Portugal como nación.

P: ¿Cómo se vivió la guerra allí?

R: En el pueblo ni hubo frente ni nada; lo que sí había eran sacas. Llegaba uno y denunciaba a otro por haber votado a la República y le daban el paseo. Acababa tirado en la cuneta con un tiro en la cabeza.

P: Un olor que te venga a la cabeza de esa primera etapa de tu vida.

R: Un olor muy característico: la flor de las acacias, lo que se llamaba el pan y quesillo. En la carretera había muchas y cuando florecía se ponían blancas. Incluso aquí hay dos

o tres acacias que llaman de... que tiene en vez de la flor blanca la flor morada. Allí las llamábamos zapatitos porque la flor tiene como forma de zapato. No me sale el nombre, cuando me salga te lo digo.

P: ¿A qué huelen las acacias?

R: Cuando veas una acacia florecida, coge un racimito y "húelele". Tiene un olor muy dulzón, muy suave, muy agradable. Nosotros nos los comíamos.

P: Tu infancia no debió de ser muy similar a la de tus hijos.

R: Para nada. Lo de mis hijos era el cielo comparado con el infierno. A mí y mi mujer nos ha tocado pasar la carencia absoluta de todo; hasta de libertad para poder hablar.

P: ¿No poder hablar era para ti lo peor de la guerra?

“He sido un sacrificio’ toda la vida. Si volviera a nacer y siguiera por el mismo camino, cambiaría todo mucho.”

Al abrirme las puertas de su casa, me recibió con una sonrisa y el procedimental choque de codos. Aterrizados en el salón, ocupó su sitio en su sillón personal en frente del televisor. Leo un leve nerviosismo en su rostro cuando saco la grabadora y sus manos se mueven para encontrar un lugar cómodo en la manta.

PREGUNTA: Nacer en la posguerra y vivir una pandemia mundial. ¿Qué es lo que más se echa en falta ante la adversidad?

RESPUESTA: Nací en plena guerra y había tiros y balas por todos lados. Después de la posguerra lo que echo de menos son las vivencias de mi juventud y mi adolescencia. Yo era feliz yendo a cazar grillos, a buscar nidos, a pescar cangrejos, pescar peces en el río... era otro mundo. Me pasaba las horas corriendo con un aro por las sendas de los



R: No, a nosotros los niños los padres nos decían: “lo que se habla en casa no se habla en ningún lao”. Lo peor era la carencia de comida, de ropa... me tocó estar un invierno casi sin salir de casa porque no tenía zapatillas ni zapatos para ponerme en condiciones. Como llovía mucho y hacía mucho frío yo tenía unos zapatos de verano y con eso no podíamos salir a la calle porque había hielo, nieve, barro, agua... y encerrado en casa. Aunque los juguetes me los hacía yo.

P: ¿Con qué te los hacías?

R: Pues con carretes de hilo vacío, de esos de madera. “Les” hacía a modo de tanque con unas gomas. En el verano, cuando hacía buen tiempo y se podía salir a jugar a la calle, con una lata de sardinas vacía hacía un agujero, pasaba el hilo y ya tenía un carrito. Y el aro: una yanta de una bicicleta o el culo de un caldero con una manija y por ahí guiándole.

P: ¿Piensas que nuestra generación ha perdido la capacidad de valorar que vosotros tenáis?

R: Es que como no habéis tenido esa carencia, no podéis establecer una diferencia. No hay parangón entre una cosa y la otra. Aquella es una historia pasada, afortunadamente, muy triste. Es como pasar de la oscuridad a la luz. Vivíamos en una dictadura cruel, represiva... no había nada de nada. Y llegabas a la escuela el lunes y el maestro preguntaba por las misas, y tenías que decir quién la había dicho. Aunque no íbamos a misa, ya nos lo sabíamos. En el mes de mayo había que llevar flores a María porque era el mes de las flores.

P: ¿Hasta qué edad fuiste a la escuela?

R: Hasta los diez años. A los diez años tuve que irme a trabajar a un tejedor a sacar tejas calientes de un horno con un pañuelo para no tragar ceniza, igual que los bandoleros, que se te quemaban hasta las manos porque aún todo estaba caliente. A trabajar para poder comer en casa.

De repente, su rostro se iluminó al recordar el nom-

Acacia de Alejandría.

bre de la flor que llevaba intentando recordar desde el principio de la conversación.

R: ¡Acacia de Alejandría!

Después de una búsqueda en Google intentado encontrar la apariencia de la flor, retoma la pregunta sobre los aromas de su infancia.

R: El olor de los pinos era muy característico también, aunque por allí no había muchos. Una cosa que me gustaba mucho era en el mes de mayo, junio: salías al campo y oías miles y miles de grillos cantando con un rumor y un sonido agradable. Ya no, ya no. Aquí en Villalba hace años que no escucho cantar a un grillo.

Después de leer la pregunta, responde.

P: ¿Por qué tomaste la decisión de irte del pueblo?

R: Porque no había más remedio, no había ni con qué encender, no había trabajo. Allí la gente se moría de hambre. Fue una generación perdida. Los que no vivimos a Madrid se fueron a Barcelona, y los que no, a País Vasco y Asturias.

P: ¿A qué edad te fuiste?

R: A los 21, pero a la Mili no fui porque me quedé como cabeza de familia. Mi hermano mayor se tuvo que casar y mi padre estaba imposibilitado para el trabajo. Gwanaba perras en los soportales y era todo para mi madre. Compraba patatas y arroz. He sido un sacrificaor toda la vida. Si volviera a nacer y siguiera por el mismo camino, cambiaría todo mucho.

P: ¿Seguiste mandando dinero?

R: Todas las semanas. Yo ganaba 300 pesetas a la semana y todas las semanas, cuando cobraba el sábado, lo primero que hacía era ir al palacio de comunicaciones en Cibeles y mandar 150 pesetas a mis padres por giro telegráfico, que

Acacia de Alejandría.

Acacia de Alejandría.